

mis impresiones, mis votos por vosotros y mis esperanzas por la Iglesia; y vosotros de oír de mi boca el relato de las cosas que han pasado allá, en Roma, en esa gran reunion de los obispos católicos, cuyo eco ha resonado ya en el mundo entero.

E inclinar en seguida con amor vuestras frentes, y recoger en vuestros corazones llenos de fe esa Bendicion apostólica que el Padre comun de los fieles nos ha encargado que os diera.

Y si las mas grandes cosas que puedan pensarse y decirse en la tierra no me hubieran ocupado y retenido allí con mis venerados colegas, si una estrema fatiga no me hubiera sobrecogido de pronto desde mi regreso á Francia despues de nuestras grandes tareas en Roma, me habria apresurado mas á venir hácia vosotros, y habria seguido el impulso de mi corazón que me arrastraba á traer mas pronto á mis queridos diocesanos el tesoro de las gracias y bendiciones que habia recogido para ellos en la ciudad Santa.

Sin embargo, alejado tanto tiempo de vosotros, bien puedo añadir lo que decia San Pablo á sus queridos fieles de la Galacia: Si estaba ausente de cuerpo, estaba en medio de vosotros presente con el corazón: *Absens corpore, praesens eram spiritu*; sí, así sucedía, y seguramente que ninguno de vosotros duda de la impresion constante de mi alma en este largo viaje, y estoy bien seguro tambien de que si mi corazón estaba con vosotros, vosotros estabais igualmente conmigo á los piés de la Cátedra eterna, regocijados al ver y venerar con los ojos y el corazón de vuestro Obispo á Aquel que el gran Pablo estaba tan contento de haber visto, pues no sabia decir mas que: *Fui á ver á Pedro*; y desde aquel dia fué confirmado para las naciones el gran ministerio apostólico de San Pablo.

Y ahora ¿qué os diré de esta inmortal peregrinacion que no os hayan repetido ya las mil voces de la fama? ¿Qué discurso os dirigiré hoy para corresponder á vuestra esperanza y á ese inmenso concurso que regocija mis ojos y mi corazón?

Pero ¿qué digo? ¡Un discurso! En este momento no lo esperéis de mí; la fatiga que siento aun no me lo permitiría: dejadme únicamente que desahogue entre vosotros mi corazón y mi palabra, y en la sencillez de la conversacion mas familiar os refiera algunos de mis recuerdos.

Quisiera, si me fuera posible, ponerlos las cosas mismas ante los ojos, y por esta razon solo me propongo hacerlos una narracion, de la cual me permitiréis que no quite ni aun los mas simples detalles, que son los únicos que dan una idea verdadera de lo que se cuenta; y añadiré de paso y sin interrumpirme, las reflexiones que nazcan en mí en el momento mismo de las grandes cosas que vea, y tal vez os escribiré lo que el tiempo y el cansancio no me hayan permitido relataros.

Pero principiemos.

(Continuará.)



OBSERVACIONES

AL OPUSCULO DEL SR. D. J. DE J. CUEVAS,

INTITULADO,

LA INMIGRACION EN MÉXICO.

ARTÍCULO VI.

El protestantismo es nocivo á las bellas letras, á las bellas artes y tambien á las ciencias, porque degrada y materializa al hombre.

Siendo el hombre un ser compuesto de alma y cuerpo íntimamente relacionados, se encuentra constituido entre las cosas espirituales y las materiales, elevándose á las primeras por el alma y poniéndose en contacto con las segundas por medio del cuerpo: su corazón necesitado á amar, precisado á adherirse á algun objeto, por una ley indeclinable de su naturaleza, balanza entre los que son propios del espíritu y los que afectan á los sentidos del cuerpo; cuanto mas se inclina á los unos, tanto menos es dominado por los otros: si se eleva hácia los objetos espirituales, ellos vienen á ser el alimento de la vida interior del hombre y la causa de sus goces mas puros; entonces siente su dignidad y su altísima superioridad sobre la vil materia, á la cual no se apega y la hace servir á los grandes intereses del espíritu: por el contrario, si el corazón se inclina hácia los objetos materiales, estos lo dominan, lo esclavizan, lo privan del gusto por las cosas espirituales en las que no puede hallar ni motivos de estimacion, ni interes, ni principio ninguno de verdadero placer; degradado entonces el hombre por la preponderancia de la parte inferior de su ser, no concibe que deban tener otro empleo las facultades mas nobles de su espíritu sino el de ocuparse en acrecentar los goces de los senti-

dos y acumular los tesoros de la tierra, para abundar en delicias materiales durante los breves dias de la vida presente.

Meditando atentamente en la doctrina que antecede, y considerando el carácter distintivo del Catolicismo y del protestantismo, será preciso convenir en que si el primero es el mas á propósito para engrandecer al hombre, el segundo lo es para degradarlo y materializarlo; y por consiguiente, que si el Catolicismo al engrandecer al individuo y á la sociedad, provee de infinitos materiales y vivifica con divina inspiracion á las bellas letras y á las bellas artes, el protestantismo al degradar y materializar al individuo y á la sociedad, destruye los verdaderos elementos de vida tanto de las bellas letras como de las bellas artes; ó hablando determinadamente del caso que nos ocupa, si bajo la influencia de la Religion católica, nuestra literatura nacional ha parecido grandiosa y sorprendente al Sr. Cuevas, y si las bellas artes hicieron entre nosotros progresos verdaderamente admirables; cuando la inmigracion nos introduzca las sectas protestantes, nos traerá con ellas los elementos de muerte para todo lo bello y sublime de las letras y de las artes, porque el protestantismo vendrá á degradar y materializar á la sociedad mexicana.

¿Por qué el protestantismo degrada y materializa al hombre? ¿Por qué ha de venir á producir estos efectos en nuestra sociedad? La causa es manifiesta, atendida la reflexion que hicimos al principio. El protestantismo debe producir en el hombre efectos directamente contrarios á los del Catolicismo, porque el modo con que le presenta las cosas espirituales es directamente contrario á aquel con que se las presenta el Catolicismo. Nadie ignora que la enseñanza sobre lo que no se ofrece á los sentidos, y en especial sobre lo que supera á la razon, es propia de la Religion; (1) de donde resulta que la perspectiva espiritual corre siempre la misma suerte de la Religion; realzándose esta, será realzada aquella; desvirtuándose, se desvirtuará, nulificándose ó desapareciendo la Religion, se nulificará ó desaparecerá la perspectiva de las cosas espirituales. Hagamos, pues, una breve comparacion entre la Religion del católico y la del protestante, con el fin de hacer resaltar la enorme diferencia que media entre el modo con que el uno y el otro son afectados por las cosas espirituales: para el católico la Religion es cierta, absolutamente incuestionable; para el protestante es á lo sumo una opinion particular: para el católico la Religion es la ley suprema del entendimiento y de la conciencia; para el protestante es una pura invencion de su propia inteligencia, adaptable á cualesquiera exigencias de una conciencia viciada: por esto, al católico se le presenta la Religion rodeada de majestad y grandeza, ostentando en su inviolabilidad y en su elevacion no solo sobre las pasiones é intereses, sino aun sobre la conciencia y la inteligencia, el carácter propio de su verdad y divinidad; el protestante mira su religion tan

(1) Hablamos de la enseñanza completa y segura respecto de las cosas espirituales; ademas, la Religion en toda su amplitud comprende conocimientos naturales y revelados, siendo rectificadas y confirmados los primeros por los segundos, para precaverlos de error y alteracion; así es que nos hallamos muy distantes de los que dicen que todo conocimiento sobre un objeto espiritual es imposible sin la revelacion.

pequeña, tan efímera, tan voluble, tan falaz como lo son siempre las miserables concepciones de nuestro débil entendimiento, porque como lo observamos en nuestro artículo anterior, aun cuando el protestante retenga la Biblia, como solo le deja á Dios la letra muerta y se apropia el sentido y la inteligencia, realmente no tiene mas religion que la que ha querido forjarse, resultando como una consecuencia lógica que el protestantismo es esencialmente destructivo de la Religion, la cual desde el momento en que deja de ser verdadera y divina, es solo una burla y un sarcasmo.

Hé aquí como una espesa niebla viene á oscurecer á los ojos del protestante el orden espiritual y sobrenatural que tan radiante y hermoso se ostenta á las miradas del católico. Todas las sublimes verdades que tantos consuelos derraman en nuestras almas, que nos alimentan con tantas esperanzas y que tan alta idea nos hacen concebir de nuestra dignidad, de nuestro origen y destino, y que por otra parte son tan seguras para el católico, quedan envueltas en la incertidumbre, desde luego que penetra en el espíritu el veneno del protestantismo. ¿Mas qué viene á ser la incertidumbre sino la muerte del alma para la vida sobrenatural y divina de que goza en el seno de la verdadera Religion de Jesucristo? ¿Y qué diremos de la funesta influencia que deben ejercer en orden á abatir el espíritu los groseros errores de los protestantes? Aun vivia el desdichado Lutero cuando los mismos que habian sido sus discípulos se atrevieron á destruir del todo uno de los misterios mas consoladores de nuestra Religion, el de la Eucaristia. El Salvador ya no vivió con los hombres, en el concepto de estos miserables, y el mas grande de los sacramentos que ha convertido la tierra en cielo, quedó reducido para ellos á comer pan y beber vino en medio de la sequedad del servicio protestante: entonces enmudecieron, tambien para ellos, las páginas de oro de los Ambrosios y Crisóstomos; y se relegaron á la region de las quimeras tantos pensamientos sublimes, tantos divinos arrebatos de admiracion, de amor y gratitud de que por tantos siglos habia sido el principio fecundo la ciencia cierta de que Jesucristo mora con nosotros; y el templo perdió el título mas augusto de su respetabilidad; y se disipó como el humo la celestial alegría de una de nuestras mayores festividades; y todo el linage humano quedó privado de aquel consuelo singular que quiso dejar á los suyos el Redentor cuando los miraba contristados por su ausencia; y se redujo á nada el mayor de los milagros que obrara en la tierra el Verbo hecho hombre, y en el cual, mas que en ninguno otro, resplandecieran su amor y su poder. ¡Tan desastrosa ruina ha sufrido la Religion en el espíritu del protestante!

Mas no solo esto, sino que el protestantismo ha llevado su tiranía hasta arrebatarse al miserable mortal el amor y la ternura de una Madre divina: en su juicio cualquier culto, cualquiera invocacion, cualquier acto de esperanza en la proteccion de la Madre de Dios es una execrable idolatría. ¿Quién podrá describir todos los funestos efectos que produzca en el espíritu del sectario una creencia tan desoladora? Quitad de la naturaleza el amor maternal; prohibid al tierno niño que en los peligros acuda á refugiarse en el regazo de la que lo llevó en sus entrañas y lo dió á luz en medio de dolores; decidle que son criminales los inexplicables afectos de amor y de confianza

hacia ella que experimenta en su corazón; enseñadlo á detestar como el mayor de los delitos el acercarse á recibir alguna vez las caricias maternas; y todavía habreis causado menos trastorno en la naturaleza que el que produce el protestantismo en nuestro ser moral y religioso, cuando pretende levantar un muro de eterna separacion entre los discípulos de Jesucristo y la Madre amorosa que les diera el mismo Salvador cuando estaba ya para espirar en una cruz.

¿Y qué diremos de la proscripcion del culto de los santos; de los santos en quienes la Iglesia católica ha querido presentarnos el sublime modelo de las virtudes y el mas poderoso estímulo para practicarlas? No hay duda que una de las cosas que mas influyen en el Catolicismo para moralizar al hombre y engrandecerlo á sus propios ojos y á los de sus semejantes, son las festividades de los santos; porque estos fueron de nuestra misma naturaleza, experimentaron las mismas pasiones que nosotros, se hallaron expuestos á los mismos peligros; y sin embargo, con el auxilio del cielo, que tambien á nosotros está prometido, pudieron elevarse hasta recibir los honores de los amigos de Dios que reinan eternamente con Jesucristo. ¡Cuántos al meditar en estas cosas en medio del regocijo de alguna festividad, se habrán dicho á sí mismos lo que en otro tiempo se decia San Agustin: *¿No podrás tú con la gracia de Dios lo que estos y estas han podido practicar?* y así se habrán resuelto eficazmente á seguir una vida mejor! Además, en el culto de los santos se presenta al hombre en el último grado de elevacion á que puede llegar haciendo uso de los medios que la Religion pone en sus manos: desaparecen entonces todas las efimeras desigualdades de razas y condiciones que tanto afectan á los que solo viven de la tierra, porque el hombre se ha elevado hasta el cielo; y los mas poderosos monarcas, los mas terribles guerreros que hacen estremecer al mundo, se ven precisados á doblar la rodilla ante la imagen del que tal vez no fué en esta vida sino esclavo miserable, pero que ha merecido por sus virtudes ser contado entre los amigos de Dios, y que en la tierra fuera colocada su imagen sobre los altares. ¡Sublime y divino espectáculo que solo puede presentar una Religion divina! Pero el protestantismo, cuyo furor se ha explicado contra todo lo grande, contra todo lo que tiene carácter de celestial, se propuso hacerlo desaparecer para siempre de la vista de los suyos, desterrando al mismo tiempo de sus almas todas las ideas y sentimientos elevados que debiera producir una manifestacion tan clara y sensible de la altísima dignidad que puede alcanzar el hombre con la práctica de la Religion.

No es nuestro ánimo extendernos en estas cosas, ni mucho menos recorrer uno por uno los innumerables errores de los protestantes, para demostrar que todo el protestantismo á pesar de sus infinitas divisiones y subdivisiones, ha estado siempre de acuerdo en un objeto, que es el de apocar al hombre, arrebatándole los mas amables y augustos títulos de consuelo, de esperanza y de grandeza con que lo enriqueciera la Religion católica: hacer esto, seria objeto, no de un artículo, sino de una obra voluminosa: nuestros ilustrados lectores podrán ocuparse en tan importantes consideraciones; para lo que nos hemos propuesto creimos que seria bastante hacer algunas reflexiones so-

bre uno que otro error del protestantismo, haciendo notar en ellos esa tendencia á degradar al hombre que es característica de la reforma; y nos pareció mas conveniente fijarnos en los tres de que hemos hecho mérito, por los cuales el protestantismo quita de la vista de sus infelices secuaces el sublime espectáculo de la verdadera grandeza del hombre, toda sobrenatural y divina; les arrebató los inexplicables consuelos y las seguras esperanzas que nos ofrece en todas las tribulaciones y peligros la proteccion de la criatura mas pura que es á un mismo tiempo Madre de Dios y de los hombres, y los separa de su Salvador con toda la inmensa distancia con que la tierra está separada del cielo: lo cual es mas que suficiente para acabar con aquel elevado temple de espíritu que es propio de quien conoce y practica la verdadera Religion de Jesucristo. Y si á los errores siempre humillantes, añadimos la incertidumbre que trae consigo el protestantismo aun respecto de los restos que ha conservado de la enseñanza cristiana, como que en él todo se sostiene en el efímero apoyo del juicio privado, ¿cómo podrá concebirse que el protestante no sea un hombre apocado, en cuyo espíritu dificilmente puedan caver las ideas grandes, y cuyo corazón no abrigue sino rastreros sentimientos? Se le ha quitado la bella perspectiva del orden espiritual; natural es que tienda hacia la tierra con el enorme peso que abrumba á una alma carnal.

No sabemos á dónde ocurrirá el protestante para recibir sublime inspiracion. ¿Será á la aridez del *servicio* de los domingos? ¿Será á sus templos cuyas paredes desoladas son la mas fiel imagen de la desolacion del alma que se ha alejado de la verdad? ¿Irà acaso á la Biblia que es para él un libro sellado, donde solo encuentra la letra que mata, con la que él y sus correligionarios son árbitros para autorizar todas las extravagancias? ¿Pensará tal vez en los vergonzosos principios de la reforma y en su marcha señalada siempre con el crimen, las lágrimas y la sangre? ¿Meditará en tantos errores que lo humillan? ¿O contemplará embelesado el repugnante espectáculo de las infinitas sectas que pululan por todas partes, que han convertido á la Religion en un laberinto de errores, y sin embargo pretenden muy seriamente el pomposo título de *iglesias cristianas*? Debieran haberse trastornado las leyes eternas del orden intelectual y moral para que fueran estas las fuentes de inspiracion para la literatura y las bellas artes. ¡Cuánto bien habria hecho á su patria el Sr. Cuevas si hubiera entrado en estas consideraciones al discutir la interesantísima cuestion de la influencia que ejercerá en la literatura nacional una inmigracion que de hecho ha de ser inseparable de la introduccion de las sectas protestantes!

Pero se nos dirá tal vez que lo único que prueban nuestros razonamientos es que la inmigracion protestante será nociva al progreso de la literatura y de las bellas artes en el sentido religioso, pero que de esto de ninguna manera se infiere que se estorben sus adelantos en otro sentido, profano ciertamente, pero mas del gusto de la *civilizacion* de nuestro siglo que tan poco se cuida de la Religion; porque aun cuando privemos á las bellas letras y á las bellas artes del elemento religioso, todavia pueden encontrar en otra parte los materiales que necesitan para progresar: la naturaleza con toda su magnificencia, la vida individual y doméstica con sus dulzuras y sus misterios, y la

vida pública de los pueblos con todas sus glorias, se los suministran en abundancia. Mas aun cuando esto fuera cierto, ¿no seria una gran pérdida la de la literatura religiosa, especialmente para un pueblo tan católico como México, cuya literatura nacional ha sido formada y vivificada por las inspiraciones de la Religion? ¿Perderiamos el inestimable tesoro que poseemos en nuestra literatura católica, destruiriamos de un golpe los preciosísimos materiales que para sus adelantos ha acumulado el Catolicismo en mas de tres siglos, por adquirir otra literatura, no diremos ya profana, sino escéptica ó atea, que pretendiera engrandecerse sin Dios y hallar bellezas sin relacion ninguna con la belleza infinita? ¡Qué despropósito!

¿Pero quién nos ha dicho que una vez eliminada la Religion, las bellas letras y las bellas artes pudieran proveerse en otra parte de los elementos que les dan vida? La naturaleza sin necesidad de la Religion les presentará cuantos materiales pudieran apetecer. ¡Ah! ciertamente no le faltarán á la naturaleza sus maravillas porque el alma de algun desgraciado haya quedado privada de la luz divina de la verdadera Religion; pero si faltarán en esta alma miserable el gusto y el sentimiento intimo de lo sublime y de lo bello de todas esas maravillas; porque esta alma se encuentra degradada y solo gusta de lo que es bajo y rastrero; mira con hastío los purísimos placeres de la inteligencia, y busca con ansia los que la asemejan con los seres destituidos de razon, realizando aun en este sentido la triste sentencia del Espíritu Santo: *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* Quien ha llegado á tan deplorable estado, solo mira la naturaleza como productiva; no busca en ella la magnificencia, sino los medios de acumular riquezas y goces materiales, siéndole indiferente todo lo demas.

¡La vida privada! ¿Qué cosa es sin la influencia religiosa, sino la triste historia de las pasiones, de los desaciertos, de los crímenes y de los profundos pesares del alma que sufre sin llegar á tener jamas un verdadero consuelo? ¡La vida doméstica! ¿Dónde estará su poesia cuando el protestantismo haya desterrado el amor del corazón de los esposos; cuando haya convertido el matrimonio en un simple tráfico de intereses; cuando haya introducido en todas las relaciones de la familia la repugnante frialdad que se observa en la familia inglesa; cuando haya abandonado sin defensa á la mujer al despotismo del marido y al hijo del despotismo del padre; en fin, cuando haya separado los corazones de los hijos y de los padres, extinguiendo con la accion incesante de la codicia los mas tiernos y delicados afectos que nos unen con los autores de nuestros dias? ¡La vida pública de los pueblos! ¿Qué otra cosa presentará sino las proezas de la codicia y la ambicion, que hayan inundado la tierra en lágrimas y en sangre?

Es necesario convencernos que la literatura y las bellas artes de tal manera viven de la Religion, que sin ella nada hay que pueda escaparlas de una muerte inevitable: en la confusion de los errores y en el estado desesperante de la duda y de la incredulidad es imposible recibir inspiraciones: entonces la pintura solo podrá retratar pasiones inmundas y rastreras, y los últimos acentos de la poesia serán aquellos con que describía el tristísimo estado de

una alma que se ha desconocido á sí misma y ha perdido sus esperanzas; aquellos con que presente el suicidio como el único recurso contra una desdicha prolongada é irremediable. No apetecemos tan tristes progresos para nuestra literatura y nuestras artes.

Por otra parte, como lo hemos demostrado, la consecuencia natural del estado de incertidumbre en que coloca al hombre el protestantismo respecto de los grandes intereses de su espíritu, así como tambien del escepticismo y la incredulidad que nacen de la misma incertidumbre, es que el hombre desechando por último todo lo espiritual, se apegue absolutamente á las cosas materiales, con cuyo apego excesivo y exclusivo son incompatibles el amor á la verdad por razon de sí misma, el gusto en contemplarla, é igualmente, el delicado sentimiento de lo sublime y de lo bello: entonces solo se piensa en la ganancia y en el modo de pasar la vida en una no interrumpida sucesion de disipaciones y placeres sensibles que impidan escuchar la voz de la conciencia; y todo lo que no se reduce á esto, se mira como un tormento ó un entretenimiento vano; en las artes se desprecia lo bello y solo se acepta la utilidad; las ciencias solo se tienen en algo segun que pueden proporcionar lucro, y la poesia llega á calificarse aun de ociosidad, de ocupacion de hombres que no tienen en que trabajar. Con tales disposiciones, ¿será posible el progreso de las ciencias elevadas, de la bella literatura y de las bellas artes? Preciso es convencernos que para todas ellas es mortífero el protestantismo; y por consiguiente, que siendo incuestionable que la inmigracion que se proyecta lo introducirá en México, el Sr. Cuevas debió haber contado, no entre sus ventajas, sino entre sus inconvenientes, la influencia que vendrá á ejercer en las ciencias, la literatura y las bellas artes.

Pudiéramos dar por concluido este punto; pero nos ha parecido conveniente alegar en su confirmacion un hecho que tenemos á la vista y en que por desgracia no todos meditan como es debido. Nos referimos al aspecto general que presentan en los Estados-Unidos las ciencias elevadas, las bellas letras y las bellas artes. Podemos decir con toda propiedad que los Estados-Unidos son el modelo de la inmigracion, y que los actuales proyectos para traerla á México, no son mas que un plagio del sistema que se ha seguido en el pueblo vecino: este pueblo debió su ser única y exclusivamente á los inmigrados extranjeros; los naturales americanos han sido destruidos para que cedieran el puesto á los que venian de afuera, quienes han formado ya para sí solos una nacion de muchos millones de habitantes, en que la raza blanca europea, dominando sin rival, dispone á su arbitrio de las inmensas riquezas americanas. Siendo esto así, nos ha ocurrido una sencilla reflexion: Si fuera cierto que promover una numerosísima inmigracion de extranjeros de todas las partes del mundo y de todas las creencias, incitándolos á venir con el aliciente de las riquezas, es un medio á propósito para dar un impulso violento á los adelantos científicos y literarios, en ningun pais de la tierra se hallarian en estado mas floreciente las letras y las bellas artes que en los Es-